

## RELATO CATEGORÍA JUVENIL Nº 13

---

### *Siempre en tu camino*

---

Había oído decir que el sentido de la vida es difícil de entender, que se necesitan años para averiguar cuál es tu papel en el mundo y el motivo por el que estamos aquí, pero yo lo descubrí en un solo día, el primero que pasé en mi nuevo colegio.

Llegué sin mayores expectativas. Un curso entero por delante, muchas horas de estudio y esfuerzo para conseguir superarlo, aunque jamás imaginé que iba a contar con una ayuda tan especial, tan valiosa y tan sencilla a la vez. Porque la verdadera grandeza de un gesto reside en la humildad y el cariño con que se hace, y eso es algo que también he podido aprender, una lección más importante que cualquier ecuación, sintagma nominal o fórmula química. Al final, es lo único que hace que te salgan los números y cuadren las rimas. Y todo gracias a ella.

Ya estaba sentada junto a mi mesa cuando entré en clase. La observé a hurtadillas durante la oración, después de todo, era mi vecina de pupitre, yo no conocía allí a nadie, y quizá podríamos charlar un rato. No me devolvió la mirada, estaba muy concentrada, pero, al acabar, me guiñó un ojo y me dedicó una sonrisa que me hizo saber que todo iba a ir bien. Y así fue. Bajó conmigo al recreo, no sin antes dirigir la misma sonrisa cálida a otros compañeros que vinieron enseguida a mi encuentro.

Recuerdo que pensé que ella tenía el poder de leer sus mentes. Si hacía alguna propuesta, como la de vernos el domingo siguiente para ir a misa, o de ayudarnos para trabajar en equipo, los demás solo tardaban unos segundos en repetir lo mismo. Luego, volvía a guiñarme el ojo, divertida. Yo sabía que lo hacía por mí, para que me sintiese segura y arropada, y la verdad es que se le daba muy bien. Estaba más que feliz, me había ganado una amiga con vocación de Ángel de la Guarda. Muy pronto le confié mis inquietudes y algún que otro secretillo, cosas normales de chicas. Incluso le comenté que tenía un poco atravesadas las mates. Me dio ánimos y me aseguró que no debía preocuparme, que podía hacerme con ellas y con lo que me echaran. Más tarde, la vi decirle algo a la profe de esa asignatura. Cuando esta se ofreció a ayudarme a resolver mis dudas en sus ratos libres, me pregunté si mi amiga había tenido algo que ver. Quizá se había pasado un poco en su labor de Ángel de la Guarda, pero mi profesora me había regalado su misma sonrisa, me guiñó el mismo ojo, el derecho y, al instante, me sentí tan cómoda como si estuviera con ella, y agradecida a las dos.

Mi amiga parecía tener alas, en realidad. No comprendía cómo se las arreglaba para aparecer en el sitio y el momento justo en que se la necesitaba. Hablaba con todos y estaba en todas partes. Aquel día, tropecé a la salida y estuve a punto de doblarme el tobillo. «¡Agárrate bien!», me avisó una voz, y conseguí sujetarme a una compañera.

A la mañana siguiente, no vino a clase, pero había una nota suya sobre mi mesa:

«Cuando quieras verme, mira a tu alrededor. Agárrate bien a la caridad verdadera, que ninguna cosa te haga dar tus pies atrás. Ama mucho y no temas, yo te cuidaré durante todo el camino.

María Ana».

Alcé la vista y la encontré. La vi en todas las sonrisas, en cada gesto de generosidad y entrega, en cada acto de amor y alegría. Yo tenía razón. Ella estaba en todas partes.